



COMIENZA A LEER...

ANTONIS SAMARAKIS

NO, NO LLEGUÉ a oír bien lo que me decía. Justamente en aquel momento nos cruzábamos con un enorme camión frigorífico. Creo que era de fruta, no estoy del todo seguro. El caso es que el camión levantó primero una nube de polvo. Y después produjo un ruido tan espantoso que me era imposible oír nada.

—¿Qué me has dicho? —le pregunté—. He visto que me decías algo, pero con el jaleo del camión no he cogido ni una palabra.

El mánager me miró entonces de reojo, como si le molestara tener que repetir la pregunta. Al fin se decidió.

—Sí, te he preguntado qué diablos pasa para que no dejes de mirar hacia afuera, por la ventanilla.

De momento no le contesté. Hice tintinear primero las llaves, que tenía, como de costumbre, en la mano, metidas en el llavero, entreteniéndome con ellas. Después me rasqué la oreja derecha —¿la derecha?— y dije con énfasis:

—¡Estoy gozando de la naturaleza!

Hizo «¡ah!», como si le hubiera dado un cólico nefrítico, le hubiera picado un tábano, o hubiera visto un fantasma o algo por el estilo. Me miró de soslayo y me sonrió. ¡Pero vaya sonrisa! ¡Puro sarcasmo disfrazado!

—Perdona —le dije—; no había pensado que te pudiera causar molestia el que goce de la naturaleza. Lo veo ahora claro en tu cara. Dime de verdad, ¿a ti no te emociona el paisaje? ¿No? ¿Este paisaje maravilloso, de idílica belleza, que es como un paréntesis jubiloso en medio de los lugares pardos, anodinos, de grises zonas industriales que hemos atravesado hasta aquí?

Clavó en mí una mirada acerada y no dijo palabra. La sonrisa, medio irónica, seguía estereotipada en su rostro.

Entonces tomé yo la ofensiva.

—¿Qué estás pensando ahí tan callado? ¿No te dice nada el maravilloso espectáculo circundante? ¿Las pequeñas colinas, como moldeadas, como labradas bellamente, amorosamente, por la mano del artista? ¿Los árboles altos y esbeltos, alineados como en una parada en nuestro honor, a derecha e izquierda? ¿El riachuelo que avanza constantemente torciéndose y retorciéndose...? ¿Los pájaros hendiendo el aire y saludándonos con sus vuelos planeados? ¿Y las variopintas flores silvestres —¡un encanto para los ojos!— que exhalan ese aroma embriagador?

Hizo «¡oh!», como si le hubiera dado un cólico nefrítico, le hubiera picado un tábano, etc.

—¿Sabes lo que eres? —le espeté—. O mejor, ¿sabes lo que no eres? Un tipo normal, desde luego, no, no. Me apuesto algo a que estás todo tú lleno de complejos.

Me miró evidentemente inquieto.

—¿Qué tengo yo complejos? —dijo como si hablara consigo mismo.

—¡Y tanto! Fíjate si no en este caso concreto. Nos abre por todas partes la naturaleza sus brazos en una orgía de aromas y de color, ¡y tú como quien oye llover! El paisaje encantador que nos rodea es para ti como si no existiera. Esas granjas preciosas, de juguete, con sus tejados rojos y sus ventanas verdes y amarillas. Los niños que cantan y juegan, rodeados de aves de corral, cerditos gruñones y toda clase de animales domésticos...

—Aves de corral, cerditos..., cerditos gruñones y toda clase de animales domésticos —repitió como el colegial que se está aprendiendo de memoria su retahíla de cosas.

—Ven aquí —dije renovando mis esfuerzos para conquistarlo—. Abre bien los ojos, hombre, y métete en ellos aquel estupendo rosa pálido con el que se tiñe y dora levemente el horizonte. Abre tu corazón y...

—¡No sigas! ^—me interrumpió—. ¡Me declaro culpable! Tienes razón; he debido fijarme en este paisaje. Tengo que convenir contigo en que es admirable.

Y se levantó el sombrero de paja, que se le había bajado mucho y no le dejaba ver.

—¡Al fin! —respiré satisfecho y contento de su cambio de actitud—.

Más vale tarde que...

—Mira, allá, a mano derecha..., en la granja de las ventanas amarillas y con muchos balcones —me dijo señalando con la mano—. Primero, segundo balcón a la derecha, veo unos preciosos, encarnados.

—¿Rosales?

—Pantalones de mujer.

—¡Vaya, por Dios! ¡Qué pena!

—¿Pena? ¿Por qué? ¿Se puede saber? —protestó decidido—. Los he visto muy bien, te digo. Palabra de honor. Aquella regordeta que está subida limpiando los cristales lleva unos pantalones rosa.

—¡Marrano!

—Sí, señor, con randas en los bordes, con encajes.

A nada conducía aquella discusión. Y a mí me bailaban los nervios como si los sacudiera un compresor. Para desahogarme, me volví hacia la derecha y escupí. El aire me devolvió —devuelta a remitente— la saliva expelida, salpicándome en la cara. En el ojo derecho.

Luego siguió un silencio que duraría un cuarto de hora. O quizá más.

En un momento dado vi al mánager conduciendo solamente con la mano izquierda, mientras que con la derecha se registraba los bolsillos. Uno primero y luego el otro. ¿Qué diablos buscaba tanto tiempo? Bueno, a mí el espectáculo no me hizo mucha gracia. No es cosa de broma conducir con una mano en la Nacional 37, a las 9.20 de la mañana, hora punta en la circulación, y hurgarse con la otra en los bolsillos. Y menos cuando la aguja señala constantemente los 110. ¡Por amor de Dios!

De un bolsillo de la chaqueta o del chaleco, un chaleco de última moda, a cuadros amarillos y negros —no digo que no me gustase—, extrajo, por fin, unos chicles.

—¡Al fin he dado con ellos! —gritó entusiasmado—. Yo, siempre que me pongo en camino, me echo al bolsillo unos chicles. No falla. Quitan la sed. Sólo que luego no doy con ellos en el momento oportuno. Ordinariamente me ocurre que no recuerdo en qué bolsillo los he puesto. Y como estoy por todas partes lleno de bolsillos y más bolsillos, a veces me tengo que registrar todo.

Tomó él mismo un chicle y lo comenzó a masticar, y volviéndose hacia

la derecha, le dio otros dos a nuestro acompañante.

—Uno para cada uno —le dijo.

—Conforme —accedió el otro tomando los chicles que le ofrecía el mánager—. Yo también tengo una sed terrible.

Se quedó con el suyo y ladeándose hacia la derecha me dio el otro. Bueno, yo no tenía una sed terrible, no tenía ni pizca de sed, pero lo cogí. ¿Por qué no?

No se puede decir que fuéramos con mucha comodidad los tres en la delantera, pero tampoco muy estrechos. Aquella mañana, dos horas y media antes, a las siete, cuando nos disponíamos a partir, el mánager lanzó la idea. Ir los tres delante.

—¡Así es mejor! Uno junto al otro, podremos hablar un poco, y el camino se nos pasará sin darnos cuenta.

Fue aceptada por unanimidad la propuesta. Subimos, pues, todos juntos, aunque, naturalmente, tuvimos que apretarnos un poco. En cuanto al equipaje, lo pusimos en el asiento de atrás.

—¿Sabéis una cosa? —saltó el mánager masticando su chicle—. No sólo estaremos a la hora en el *ferry*, sino incluso un cuarto de hora o veinte minutos antes. Este coche va como una seda.

—No se trata sólo del coche, sino también del chófer —dijo el otro. Y me guiñó un ojo.

—¿Él también va como una seda?

—Hombre, quiero decir que es un chófer fenomenal.

—En eso de fenomenal, estoy conforme. El mánager es un artista en el arte de conducir.

—Pero vamos a ver —dijo el mánager—. ¿A qué viene todo esto? ¿No sería mejor que os chacearais a mis espaldas? En todo caso, gracias por el cumplido.

Quise añadir algo, pero acabé por no decir nada. En aquel momento me repitió el dolor de estómago y echó a perder mi buen humor.

El miércoles pasado, hace hoy ocho días, hizo su primera aparición este misterioso dolor. Estaba yo en la oficina, el miércoles por la noche, escribiendo o telefoneando, eso es, telefoneando, cuando, sin previo aviso, se me presentó el dolor, y en ésas estoy.

No era exactamente lo que se suele llamar un dolor. Era como si me apretaran con un dedo, pero con fuerza. Duró unos segundos y después me dejó rápido, tal como había venido.

Desde entonces no me ha abandonado ni un solo día. Hasta tres y cuatro veces al día, en horas diferentes, y siempre sin el más pequeño aviso. En la oficina, en casa, en la calle...

Era, a mis treinta y cinco años, la primera molestia de estómago que sentía. Lo bueno del caso es que mi mujer estaba mucho más preocupada que yo. Todo era refunfuñar que no lo dejara, que fuera cuanto antes a que me reconocieran. No es que a mí no me preocupara. Pero con tanto trabajo en la oficina —estos últimos días cada vez tenía más que el día anterior— ¿dónde hallar tiempo sobrante y ganas para andar de visitas a médicos? Hablando con franqueza, ocurre otra cosa, y es que yo soy por naturaleza de los que dan largas a los asuntos.

Ello no obstante, iría en la primera ocasión. Hasta había ya pensado en un especialista del estómago que me había recomendado con todo interés un compañero de trabajo. No por nada, sino para quitarme de encima aquel cuidado. Sería cosa de nervios, más bien. Demasiado trabajo en la oficina, demasiado y excitante, demasiados vasos de café, demasiado tabaco.

—¡Cruce a la vista! —nos previno el mánager en un tono de voz como si dijera: «¡Arriba las manos!».

—¡No es posible! ¿Ya hemos llegado al cruce?

—¡Y tanto! —prosiguió el mánager—. ¿O qué te crees? A 110 por hora como le vamos pegando, las distancias se acortan sin darnos cuenta. Dentro de cinco minutos estamos en el cruce con la Nacional 40. Entonces dejaremos la 37 y tomaremos la 40, y de allí al puerto y al *ferry*, de un tirón.

—¡Bien! —dije—. Esto quiere decir que hasta ahora todo va perfectamente.

Después el mánager no volvió a hablar, porque conforme nos aproximábamos al cruce, el tráfico se hacía infernal. Y había que ir con veinte ojos.

—¿Y esa señal de debajo de la oreja? —le pregunté a nuestro acompañante—. Te la veo por primera vez. No me había fijado hasta ahora.

—¡Oh, es una vieja historia! —dijo mientras masticaba el chicle del mánager—. Fue una infección.

—¿Ah, sí?

—Era yo todavía un muchacho, tenía dieciséis años, y padecí una infección. ¡Han pasado ya quince años desde entonces! Como digo, tuve la infección aquí, en la oreja derecha. Se me formó una inflamación horrible. Me tuvieron que operar, un corte bastante profundo, para extirpar el pus. Y de la operación me quedó esta señal.

—Si quieres que te diga, no se nota mucho. Bueno, se ve, pero para advertirla tiene uno que fijarse bien. De todos modos, con unas corrientes eléctricas la podrías hacer desaparecer. Es muy sencillo.

—Ya he pensado en ello.

—¿Y por qué no te decides? ¿Tienes miedo?

Se rió.

—Me resulta pesado. Pero ya que ha salido a relucir, lo voy a intentar. Sí, cuando regresemos de la capital me voy a ocupar de eso.

En el cruce tuvimos un imprevisto. Había habido un accidente, un choque entre un autobús y un camión, o un autobús con otro autobús. No vamos a meternos ahora en esos detalles. Ni en el porqué ni en el cómo. Eso carece de importancia. Lo único que la tenía es que fuimos a dar en un terrible embotellamiento. La situación era caótica: coches y más coches detenidos en cadena.

—¡Buena la tenemos! —suspiró el mánager frenando—. Si este bloqueo se prolonga, adiós, estamos aviados. No hace falta ser un genio. El *ferry* no va a retrasar la salida por nuestra cara bonita. A las 11.10, justamente a las 11.10, zarpará, pase lo que pase.

Yo salí del coche y me dirigí al campo.

—¡Vuelvo en seguida! —les advertí—. No me costará más de dos minutos.

—¡Junto al seto! —me gritó el mánager—. ¿Por qué me miras así? Tira en dirección al seto. Allí no te verán ni con catalejos.

—No, si no voy a lo que piensas.

Y me encaminé hacia una espesura de flores silvestres que había visto. A toda prisa hice un estupendo ramillete. De unas florecillas preciosas que no sé cómo se llaman.

Me puse a colocarlas con todo esmero en el parabrisas. No yo solo, que se me ofreció el otro, galante, a colocarlas también. Por su parte, el mánager nos obsequiaba, de vez en cuando, con una de aquellas miradas envueltas en ironía que ya le conocíamos.

—El chicle del mánager se me ha pegado a una muela —se me quejó—. Aquí, a la derecha, la penúltima de arriba, que tengo dañada desde hace tiempo. Cuando le entra algo de comida o agua, especialmente si está helada o simplemente fría, me duele a rabiar.

—¿Y por qué no vas a empastártela? —le dije—. Puede que necesite también una corona. De todos modos, toma esta flor. Por la molestia que te has tomado en ayudarme a arreglar el ramo. Para que te la pongas en la solapa.

Se sintió lleno de alegría como si le hubieran regalado algo precioso. Se pasó la florecilla por el ojal —era una florecilla color malva— y hasta se puso a mirarse en el espejo del parabrisas para ver cómo le sentaba.

—¿Y ahora qué tal? —dijo pavoneándose—. Un *dandy* perfecto. Con mi flor en el ojal, como si fuera a una fiesta.

Menos mal que el embotellamiento acabó pronto. El mánager dio marcha y no tardamos en volvernos a poner a 110.

—¡Al fin he conseguido despegarme el chicle! —me anunció.

Después se echó hacia atrás, estiró la pierna derecha y entornó los ojos. Mas casi inmediatamente encogió la pierna derecha y estiró la otra. Y yo, mientras tanto, allí, mirando como de costumbre hacia afuera de la ventanilla para observar deleitosamente el paisaje y para observar a la vez

el menor movimiento que pudiera hacer él. Porque para el menor movimiento sospechoso llevaba yo en el bolsillo interior izquierdo un revólver.



DOS PEQUEÑOS CÍRCULOS. Uno junto al otro. Uno, el de la derecha, un poco mayor. No unos círculos perfectos. Un tanto irregulares, en forma de óvalo.

Se aflojó el nudo de la corbata, que desde hacía rato le estaba molestando. Porque lo llevaba muy apretado. Hizo ademán de agacharse para atarse el cordón del zapato del pie derecho, que se le había soltado y lo iba arrastrando como un gusano. Luego no se agachó. Hizo otra cosa: cogió el dibujo que había trazado y lo acercó y alejó alternativamente, observándolo atentamente, con curiosidad. ¡Perfectos! Con sólo dos trazos enérgicos había logrado exactamente lo que pretendía: dos pequeños círculos. Uno junto al otro. Uno, a la derecha en el dibujo, un poco mayor. No unos círculos perfectos. Un tanto irregulares, en forma de óvalo.

Dejó el papel junto al cenicero —como no tenía otro papel a mano había tomado un papel de fumar. El cenicero era de aluminio, barato, abollado; artículo de propaganda de una compañía aérea, quizá. No se fijó.

Al entrar en el Café Deportivo, diez minutos antes, no fue a sentarse a una de las muchas mesillas que había cerca de la entrada. Se dirigió al fondo del salón grande.

Excepto dos o tres, allí todas las mesillas estaban vacías. Eligió una de la pared, junto al gran espejo rectangular, de marco dorado —dorado, renegrido y deteriorado. Los dos angelotes de encima del marco eran

realmente detestables. De un gusto deplorable. Uno frente al otro. Y bien gorditos, como si los hubieran tenido sometidos sistemáticamente a un régimen de sobrealimentación combinado con vitaminas B 12. Cada uno tenía una trompeta con la que tocaba. Algo altamente metafísico, sin duda. Puso la silla de espaldas al espejo. Así no los tendría continuamente delante de los ojos, y se ahorraría que le removieran el estómago.

El lugar elegido presentaba otra desventaja: estaba cerca del cuarto de aseo. Y a pesar del aviso, escrito con bella caligrafía en papel rosa y cogido con chinchetas a la madera de la puerta

DESPUÉS DE USARLO
NO SE OLVIDEN DE CERRAR

La Dirección

esta puerta estaba eternamente abierta o medio abierta. Y olía. No mucho. Pero olía.

Estuvo un momento por levantarse y cambiar de sitio. No tuvo ganas de hacerlo. Además, no iba a permanecer en el Café Deportivo tanto tiempo. Las 6.11 señalaba el reloj del establecimiento, un viejo reloj de pared, con la caja totalmente cubierta de polvo y con huellas harto sospechosas, como de mosca. El suyo señalaba las 6.13. Y para las siete tenía concertada una cita en el vestíbulo de Correos, delante de «Certificados Extranjero».

Como mucho, del Café Deportivo a Correos no se tardaría más de cinco minutos. Menos aún echaría él para llegar el primero a la cita. No quería llegar con retraso, y que entretanto ella lo esperara, golpeando, llena de impaciencia, las losetas del vestíbulo con su taconcito o mordiéndose las uñas. Ella sola en medio del gentío con los tipos de toda catadura que a aquella hora de la tarde llegaban a concentrarse allí. Lo mismo dentro del

edificio de Correos que en la plaza y en los accesos. Y algunos de esos tipos, cuando advierten que una mujer no va acompañada, se le pegan como lapas.

—Un doble de coñac. Y un lápiz negro —había dicho al camarero, que se le acercó no bien se hubo sentado.

El camarero, un carácter bastante agrio, aunque, eso sí, no se rascaba la oreja, como acontece o parece que debe acontecer en momentos de embarazo, lo miró entre escamado y perplejo y dijo:

—¡Un lápiz! ¡Y negro!

Su tono era tal que cualquiera hubiera esperado oírlo continuar:

—¡Lo siento, señor, pero no servimos lápices!

Pero el camarero no dijo nada de eso por respuesta. Se registró, se volvió a registrar, hasta que por fin se sacó del bolsillo un lápiz negro con la punta medio roída y mordisqueada.

—¡Un lápiz negro, señor! ¡No lo mire así! ¡Pierda cuidado! Escribe que es un gusto. Y si lo moja usted en saliva, todavía mejor.

Bueno, él llevaba la estilográfica en el bolsillo interior derecho de la americana, pero no quería hacer el dibujo con tinta. La tinta es neutra, inexpresiva. Con un instrumento así, ¿cómo producir lo que quería? Dos pequeños círculos vigorosos. El lápiz, en cambio, es cálido, cordial.

El camarero había tomado nota y desaparecido. Pero el doble de coñac estaba aún por llegar.

Echó una mirada semicircular al salón. Vio merodear a unos camareros por allá y dio unas palmadas. Desde el fondo, hacia la derecha, se oyó una voz: «Al momento», o una cosa así.

Estaba contento de que le hubiera salido, a la primera, tan bien, el dibujo. Como cuando era niño y con lápices de colores pintaba barquitos, pájaros, árboles... No, claro, ya no era niño. Ni su dibujo era tampoco un barquito. Ni un pájaro. Ni un árbol.

El camarero se dignó al fin aparecer. Lejos, en el otro extremo del salón. Lo vio venir pausadamente, con la bandeja llena de tazas de café, de bebidas y demás.

Con un movimiento rapidísimo cogió el cenicero, el pobre cenicero de aluminio, y fue a cubrir con él el dibujo para que no parara atención en él.

Pero en el mismo instante cambió de parecer y tiró del cenicero dejando el dibujo completamente a la vista, a su lado. Si el camarero o cualquier otro llegaba a ver y a fijarse en el dibujo, era imposible que adivinara, que sospechara siquiera lo que aquellos dos círculos pequeños representaban.

El primer sorbo de coñac tenía el sabor del beso que ella le había dado un poco antes en su cuarto.

La esperaba a las tres y vino a las tres. Apenas entró, no bien cerrada la puerta, la tomó en sus brazos, la estrechó, la apretujó; se besaron furiosamente.

—¡Son algo insólito tus besos! —le dijo él—. De un sabor extrañamente curioso. Es la primera vez que lo experimento.

—¿Sí? —dijo como sorprendiéndose—. ¿Y se puede saber, cariño, cómo encuentras este nuevo sabor?

—Pues si quieres que te diga... ¡muy picante!

Y la besó otra vez. Escurriéndose de sus brazos, ella se puso frente al espejo para arreglarse el cabello.

—Te hago saber que acabo de venir del dentista. Me he dejado caer por allí para un pequeño empaste. Y eso que dices del sabor, que tú encuentras tan picante, es de las medicinas que ellos usan, cariño.

Ni siquiera lo vio cuando pasó rozando junto a su mesa. Pero lo sintió. Y muy dolorosamente, por cierto. Porque al pasar por el espacio libre entre las mesas, aquel desconocido parroquiano del Café Deportivo le dio un pisotón en el pie, en el derecho, que lo tenía así, un poco estirado.

—¡Me ha pisado usted, señor! —protestó.

El otro, muy apurado, se detuvo y lo miró.

—¿Yo? —dijo compungido.

—¡Sí, usted! Y me ha pisado en el pie derecho, en el que tengo...

—¡Perdone! —le interrumpió—. Soy miope, ¿sabe? Con tres dioptrías. Y ahora, últimamente, me temo que me haya aumentado. Quién sabe si son ya cuatro o cinco.

—¡Está bien! De acuerdo, es usted miope —le dijo, deseoso de terminar aquí la discusión, aterrado ante la idea de tenérselas que ver con unos de esos charlatanes de los grandes cafés —y de los pequeños— que por cualquier tontería te apabullan con su verborrea interminable.

—¿Puedo apagar el cigarro en su cenicero? —insistió el hombre.

Lo miró de reojo.

—¡Bueno, apáguelo!

Cuando se quedó solo, volvió a coger el dibujo y lo estuvo mirando a cierta distancia; luego se lo acercó y lo mordió. Mordió uno de los círculos, el más pequeño. El dibujo de la izquierda.

El sabor del papel, impregnado de tabaco, era muy amargo. Sacó el pañuelo y escupió en él.

Y se sintió impelido por una fuerza irresistible, por la pasión de repetir lo que había hecho antes en su habitación.

Poco a poco habían sido ocupadas otras mesas de alrededor. El ambiente en aquella parte del salón se había caldeado. El barullo de la conversación, el humo de los cigarros, la excesiva aglomeración de gente...

En la mesilla de debajo del reloj, el viejo reloj de pared, tres jóvenes, uno de ellos con una perilla muy cuidada, sostenían una fuerte disputa sobre *La belleza de la noche*, la película que desde el lunes se proyectaba en los cines más céntricos, cinco a la vez, y que había levantado y seguía levantando los más apasionados comentarios y críticas en pro y en contra. La prensa aparecía dividida; la opinión pública aparecía dividida. Extraordinario era el escándalo que había suscitado *La belleza de la noche* con su tema demasiado atrevido —¿demasiado atrevido?

Más a la derecha, en la mesa de al lado, dos comerciantes de mediana edad hablaban en voz muy alta y con ademanes exagerados acerca del precio de las grasas alimenticias, que en los últimos días habían bajado un poco. O subido; no llegó a enterarse bien. Los dos tenían unos blocs manoseados y llenos de manchas de aceite —cosa natural, puesto que trataban en grasas alimenticias. Anotaban en estos blocs, borraban, hacían listas y más listas de números que luego tachaban; pedían un café tras otro

café y fumaban continuamente. Observó que uno de ellos tenía los dedos muy gordos e hinchados. En un momento dado le pareció que le olían a manteca también.

En otras mesas había varios clientes más. Solos, cada uno en su mesilla. Este con su tacita de café, aquél con su naranjada, el otro con su silencio.

En cuanto a los dos hombres de edad avanzada de la mesilla de la esquina, debían de ser militares retirados, y no hacían más que mirar a hurtadillas unas fotos que uno de ellos iba sacando una a una de su cartera —una cartera negra con letras iniciales, quizá de plata— y se las enseñaba al otro.

—¡De seguro que son verdes! —pensó—. Desnudos, orgías, conjuntos eróticos, o cosas así.

Las 6.25 en su reloj. Dentro de poco se iría y a las siete estaría con ella en Correos. No hacía una hora que se habían separado, pero le pareció como si fueran meses. ¡Tenía unas ansias de volver a estar con ella!

De los dos meses y medio aproximadamente que se llevaban tratando, era la primera vez que la había tenido en su cuarto. La primera vez que lucharon de ese modo. La primera vez que sus piernas y brazos se enroscaron con los de ella.

El camarero pasó otra vez rozando su mesa. No, ahora no se inquietó de que el dibujo estuviera junto al cenicero, al alcance del primero que pasara. ¿Por qué inquietarse? ¿Cómo iba a imaginar un tercero que estos dos pequeños círculos eran sus pechos?

Se miró al espejo, se arregló la corbata, que la llevaba torcida. Vio los dos angelotes, a pesar de que hizo por no verlos. O precisamente por esto. Y otra cosa vio en el espejo: la cicatriz de debajo de su oreja derecha.

Él era estudiante entonces; un año más y dejaría el colegio. Tenía dieciséis años cumplidos. ¡Quince años hacía ya de todo aquello! Fue entonces cuando tuvo una estreptococia que acabó por localizársele en la raíz de la oreja. Se le formó un tumor que no es para describirlo. Le dieron un corte para que saliera el pus. Y quedó la señal. Le habían dicho que se lo quitara con corriente. Él dijo que sí, y pensó llevar la cosa a efecto, pero

después lo dejó.

Sacó el monedero a ver si tenía suelto para pagar el coñac. ¿O sería mejor entregar un billete? Los camareros habitualmente se ponen a refunfuñar cuando se les da un billete; dicen que no tienen cambio. Menos mal que tenía suelto. Pero el camarero estaba en el otro extremo del salón, yendo de mesa en mesa como si patinara.

Por la nueva tufarada del lavabo que llegó hasta él, comprendió que había salido otro dejando la puerta abierta. Se volvió a mirarlo enfurecido. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, de rostro inexpresivo. Fue a hacerle la advertencia de que convendría que algunos aprendieran a tener educación. Y a no dejar la puerta del lavabo de par en par. ¿Se comportaban así en sus casas? Había otras personas en el café, y no estaban obligadas a percibir estos olores.

Pero no le habló. ¿A qué meterse en camorra con un desconocido? Y menos ahora, precisamente, que estaba a punto de marcharse.

Y al pasar el hombre alto por el pasillo hacia la salida, le dio un pisotón en el pie derecho —¡la segunda vez en una tarde!— cuando contaba el dinero para dejarlo en la mesa. ¡Oh, no, ésta no se la perdonaba!

—¡Me ha pisado usted, señor!

—¿Yo?

—¡Sí, usted! Y me ha pisado en el pie derecho, en el que tengo un callo.

—¡Vaya! ¡No me diga! —comentó burlonamente—. Pues mire, yo creí que era el izquierdo.

Y sin esperar respuesta, prosiguió su camino.

«Las siete menos veintiocho —dijo para sí—. Hora de marchar».

Vio una moneda que había rodado al pie de la mesilla —¿sería o no sería suya?— y se agachó a cogerla.

«Ah, sí, y el cordón de mi zapato también. Voy a atármelo, porque podría tropezar».

Hizo ademán de inclinarse para atarse el cordón, pero no tuvo tiempo. Uno de los dos comerciantes en grasas alimenticias, el de los dedos gordos e hinchados, que se dirigía al lavabo —así al menos lo parecía dar a entender por el garbo que llevaba—, se paró junto a la mesa, se inclinó sobre él, sacó su carnet de identidad, color pajizo, metido en una funda de

celofán, y en voz baja, muy baja, tiernamente casi, le dijo:

—Del Servicio Especial.

—No comprendo.

—Deje usted sobre la mesa el importe del coñac y venga conmigo. No lo olvide, el coñac era doble.

—¡Protestaré ante sus jefes!

Se levantó. Y avanzaron pasillo adelante.

—Hay demasiado humo en este salón —prosiguió el agente, como si continuara una conversación previamente entablada—. Con tantos cigarrillos esto parece un horno. ¡Qué atmósfera más antihigiénica!

A dos metros de la salida, se le enredó el cordón del zapato y tropezó.

—¿Me puedo parar a anudarme el cordón? —dijo al agente.

No obtuvo respuesta, pero en los ojos de aquél había algo que, ciertamente, no animaba a hacer nuevas preguntas.

nalmente los cuatro detenidos como sospechosos en el "Caso del Papel Higiénico", han confesado su culpabilidad de la manera más espontánea. Un éxito más del Servicio Especial.

Con todo tengo que hacer una aclaración. Anteayer por la mañana, cuando nuestros agentes condujeron a mi despacho a los cuatro sospechosos, inmediatamente después de su detención, para ser sometidos por mí a un primer interrogatorio, y cuando aún yo no había formulado una sola pregunta, uno de los cuatro, pese a la estrecha vigilancia de los guardias, sacó del bolsillo rapidísimamente, una diminuta cápsula de cianuro, la rompió con los dientes ¡y se acabó! no creo que sea necesario entrar en detalles sobre la muerte en cuestión, tanto más cuanto fue cosa de segundos, etc. Inmediatamente elevé informe de lo sucedido al jefe.

He escrito más arriba: "Y finalmente los cuatro detenidos como sospechosos en el "Caso del Papel Higiénico", han confesado su culpabilidad de la manera más espontánea". Aquí he incluido también al cuarto sospechoso pese a ~~a~~*haber tenido la oportunidad de dirigirle ni una sola pregunta ni recibir de él una sola respuesta. Mas, en resumidas cuentas, ¿qué es su ~~su~~*no suicidio? ¿No es una confesión palmaria de su culpabilidad?

Se detuvo y leyó el párrafo a partir de la página 2, que acababa de

escribir a máquina. Estaba todo en regla. Fuera de un «ni» que había pulsado dos veces seguidas. Pulsó la xx para borrar. Y continuó:

Considero del caso hacer aquí primero una breve pero completa relación del "Caso del Papel Higiénico", antes de pasar a una exposición detallada de la investigación.

Anteayer por la mañana, 14 de septiembre, había acabado de llegar a la estación el tren correo número 11,05. Los empleados de la estación empezaron a descargar los vagones de mercancías.

Estaban transportando tres cajones de madera señalados con la inscripción "Papel Higiénico", cuando a uno de los obreros se le fue de las manos un cajón cayendo desde arriba y con violencia sobre el cemento del andén. El cajón reventó por una parte y empezaron a salir centenares de hojas de propaganda contra el Régimen.

Los agentes del Servicio Especial que ejecutaban su habitual Servicio de vigilancia en la estación y sus alrededores, no perdieron el tiempo. Resultado: arresto inmediato de cuatro sospechosos.

Fueron abiertos los otros dos cajones comprobándose que ninguno de los tres contenía un solo rollo de Papel Higiénico, sino hojas de propaganda que sumaban en to-

Aquí cambió de página.

—3—

tal 4. 310, todas ellas con proclamas en contra del Régimen.

Hizo una cuidadosa comprobación de la parte del informe que llevaba hasta ahora escrita. Nada que corregir o tachar. No obstante, la «a» no salía

clara. Esto le disgustó, porque la «a» es una de las letras que más se emplean. Esto lo sabía desde hacía años, desde que aún siendo niño descifraba cualquier clase de texto en clave que cogía, con una pasión que rayaba en la manía. ¿Cómo pensar entonces que, pasados los años, casi inmediatamente después de obtener la licenciatura en Derecho, había de solicitar el puesto de inspector en el Servicio Especial? Con carácter provisional al principio, conforme ordenan los reglamentos, en brevísimo espacio de tiempo y gracias a su extraordinaria capacidad y al celo demostrado, llegó a formar parte de la plantilla. Aquí sí que todo su trabajo fueron los códigos cifrados y toda clase de textos secretos y misteriosos, en la lucha del Servicio Especial en defensa del Régimen. Materia todo ello de su exclusiva competencia. Limpió con mucha paciencia y cuidado, valiéndose del cepillito, la «a» minúscula y mayúscula, aunque esta última no salía borrosa.

Cuando tenía que redactar un atestado relativamente breve, solía escribirlo él mismo a máquina. Quería perfeccionar así su dactilografía.

Los cuatro sospechosos fueron inmediatamente conducidos al Servicio Especial, y por orden de la superioridad me encargué yo de la investigación.

Punto por punto, la investigación y el resultado a que llegué son de este tenor: los sospechosos confesaron su culpabilidad

Echó una mirada. Perfectamente la «a». Completamente clara. Hizo ademán de continuar, pero se detuvo. Volvió a sentir aquel extraño dolor de estómago. Como un dedo que le oprimiera fuertemente. Le daba aquellos últimos días, a partir del miércoles.

Era la primera vez en sus treinta y cinco años que tenía molestias de estómago. Solía decir siempre que tenía un estómago de hierro y se ufanaba de ello. Ahora se le había presentado aquel dolor que no lo dejaba en paz desde el miércoles ni un solo día. Su presencia era cosa de segundos; luego desaparecía. ¿Qué sería? Cosa de nervios. Sí, a su entender, lo más probable es que fuera algo de eso que llamaban «de tipo nervioso». En la oficina se le acumulaba día tras día el trabajo; investigación sobre investigación,

atestados y más atestados. Especialmente en los últimos tiempos éstos habían llegado al colmo. ¿Pero es que escasearon alguna vez? Por un lado, los interrogatorios, que le obligaban a marcharse del Servicio Especial a altas horas o ya de madrugada, rendido de fatiga, tras una noche entera con el interrogado, y sólo para cambiarse de ropa, lavarse y volver de nuevo al despacho. Por otro, las incontables tazas de café y el tabaco, un cigarro detrás de otro.

Su mujer lo tomó muy en serio. Hubo gritos y voces de que fuera a reconocerse cuanto antes, que no descuidara su salud, y todas esas cosas. Claro que iría, tan pronto tuviera tiempo y ganas. Sobre todo, ganas.

Cuando le pasó el dolor, se puso de pie y dio unos pasos. Para desentumecerse.

Fue al balcón. ¿Por qué tendría cerrados los postigos? Aquel año, septiembre era más caluroso que de costumbre. Abrió los dos postigos de par en par. En el mismo instante dejó el balcón y volvió al despacho; tenía las aspirinas en el tercer cajón de la derecha. El dolor de cabeza que le atormentaba desde mediodía lo tenía loco.

Del vaso de agua que un poco antes le habían traído junto con el café —¿cuántos iban ya: quince o dieciséis?— quedaba todavía la mitad. Volvió al balcón con el vaso y una aspirina en la mano.

La plaza del Teatro, a la que daba el Servicio Especial, estaba acribillada de luz, de cientos de luces de colores. Contempló algunos de los anuncios luminosos que se apagaban y se encendían, cambiando cada vez de color. Observó el movimiento de la Plaza y las cuatro avenidas que arrancaban de ella, como una mano de cuatro dedos. Y se tomó la aspirina. En el momento que se la llevaba a la boca le vino al pensamiento el sospechoso del cianuro. El mismo gesto había hecho él.

—¡Pero menuda aspirina! Con todo, y a decir verdad, nos ha jorobado, el amigo. ¡Vaya jugada! ¡Y qué manera más fina de largarse!

No podía permanecer más tiempo en el balcón. El Jefe quería que le presentara el informe sobre el «Caso del Papel Higiénico» a las once, lo más tarde. Y eran ya las 10.20.

Cogió un cigarro de los que tenía liados, pero cambió de parecer; se lo fumaría después.

**con lo que una nueva organización contra el
Régimen ha sido desarticulada y abortada en sus
comienzos. El Servicio Especial**

—¿Me oyes? —sonó la voz del Jefe desde el interfono.

—Sí, estoy terminando el informe acerca del «Caso del Papel Higiénico»; lo tendrá usted...

—¡No se trata de eso! —le cortó, brusco—. El «Caso del Papel Higiénico» es cosa oficialmente concluida y lista para archivar. Ahora te necesito para un asunto recién estrenado. El «Caso del Café Deportivo». Hace tres horas, alrededor de las seis y media, nuestros agentes han detenido a dos en el Café Deportivo. A uno dentro del café y a otro fuera, en la acera. Te daré detalles cuando vengas a traerme el informe al despacho. Sólo quería que supieras que te necesito para algo nuevo. Ah, sí, y que tendrás que salir mañana por la mañana, a las siete en punto, para la capital. Con el recorrido habitual: en automóvil y *ferry*. El mánager y tú vais a trasladar a la Central a uno de esos dos. El otro está ya de camino hacia allí, hace media hora o más.

—¡AL FIN —EXCLAMÓ el mánager— se ha dignado dejarnos paso! ¡El muy animal!

A la vez que con una maniobra verdaderamente sorprendente lograba esquivar el estúpido autobús color verde agrisado que desde hacía rato y como si lo hiciera adrede trataba de cerrarles el paso.

El hombre del Café Deportivo se volvió al agente, y como si solicitara su opinión, dijo:

—Buen conductor, el mánager, ¿verdad? Perdone que le llame mánager, pero, ¿qué quiere? Como usted le dice así continuamente, pues mira...

—¿Por qué no? —convino el inspector—. En el Servicio Especial todos los compañeros le llamamos mánager. El mote le quedó porque, siempre que hablaba, tenía costumbre de decir: «Cuando yo era mánager...», aunque no tuviera la menor ilación con el asunto.

—¿Bueno, y mánager de qué? —preguntó.

—De pulgas —intervino el propio interesado.

—¡Vamos, hombre! —dijo el del Café Deportivo, como temeroso de haber metido la pata.

—¡Sí, sí, mánager de pulgas! —le aseguró el inspector.

—Durante ocho años seguidos tuve una compañía propia —aclaró el mánager—. Mi número «La Gran Revista de las Pulgas» se hizo famoso entre las mejores revistas de variedades. Era un espectáculo fantástico. La historia internacional de los espectáculos de pulgas no había conocido nunca nada igual. ¡Y no hablemos de los éxitos! Fue un golpe muy duro para mi corazón cuando, por fuerza mayor, la Compañía se tuvo que disolver, debido a la aparición de un misterioso microbio que contagió a todos los miembros de la misma, hoy uno, mañana otro. Lo mismo primeras

figuras que personal técnico y figurantes. Y cuando menos lo esperaba, de la noche a la mañana, me hallé convertido en *mánager* sin Compañía.

Y entonces fui y me hice agente del Servicio Especial. ¿Qué iba a hacer, si no?

—Pues no lo sabía —dijo el hombre del Café Deportivo, como si se sintiera culpable de no estar al tanto de aquel asunto.

—¡Pues sí, *mánager* de pulgas! —prosiguió el *mánager*.

Y de pronto tuvo que girar el volante hacia la derecha para esquivar el choque con una moto que se les venía encima. De la sacudida, el hombre del Café Deportivo vino a caer contra el inspector y parecía restregarse contra su hombro.

—¡Perdone! —dijo.

—No es culpa tuya. Con la falsa maniobra que se ha visto forzado a hacer el *mánager*, cualquiera pierde el equilibrio.

—No, no es sólo eso. La verdad es que cuando oigo hablar de pulgas... Tan pronto oigo la palabra «pulga», me entra luego un cosquilleo. Y lo mismo me ocurre si veo escrita la palabra. Y claro, cuando he oído esa palabra, y la he pronunciado yo, ya he sentido el cosquilleo.

Y se restregó de nuevo contra el hombro del inspector.

—¡Es muy curioso! —dijo éste, mirándolo de reojo.

—¿Ridículo, no? Ridículo y dramático a la vez.

—¡Eso es alergia! —sentenció el *mánager*.

—Alergia, eso —aceptó—. Pero lo más extraño es que el cosquilleo me sobreviene sólo cuando leo u oigo la palabra.

—Y ¿qué quieres decir con esto? —preguntó el inspector.

—Pues que no experimentaría la más pequeña molestia aunque se pusiera a saltar sobre mí un regimiento de bichos de ésos...

—¡Misterios de la vida! —afirmó el *mánager*—. ¡Y yo que te lo decía por bromear! No soy un *mánager* de... eso que te he dicho. ¡Qué va! ¡Un *mánager* de boxeo es lo que fui!

Luego se hizo un silencio.

—Me dijo Usted que el *ferry* tiene la salida a las 11.10. ¿Y el otro? —dijo cortando el silencio.

—El siguiente, mañana por la mañana, a las 6.20 —dijo el inspector.

—¿Quiere esto decir que no habías hecho nunca un viaje a la capital con este recorrido? —terció en la conversación el *mánager*.

—No. Es ésta la primera vez que voy a la capital en automóvil y *ferry*. Hasta ahora, las pocas veces que he tenido necesidad de ir a la capital, lo he hecho siempre por ferrocarril.

—En tren, ¿eh? —dijo el *mánager*—. ¡Menudo trago! ¡Es una hora y media más de viaje!

—No me había fijado en lo cómoda que resulta está combinación. Lo tendré en cuenta en el futuro. ¿Así que no hay otro *ferry* más tarde, después de comer?

—No, no hay más que dos viajes al día —exclamó el inspector—. Uno a primera hora de la mañana, a las 6.20, y otro a las 11.10. Las dos salidas de la tarde han sido temporalmente canceladas.

—Espero que no suframos retraso y podamos llegar esta noche a la capital. A ver si acabo por fin con este asunto. Cuando me presente en la Central y vean que no hay ningún cargo contra mí, me dejarán en libertad.

—¡No te preocupes! —le tranquilizó el *mánager*—. Llegaremos a tiempo al *ferry*, y por lo que toca a lo otro, lo mismo. Tengo completa confianza en nuestro coche.

—¡Y en el hombre que lo conduce! —añadió el del Café Deportivo.

—Luego me pondré yo al volante. Ya verás —dijo el inspector—. El *mánager* y yo hemos quedado en llevarlo a medias. Desde la ciudad hasta el *ferry*, el *mánager*. Y desde el punto en que nos deje el *ferry* hasta la capital, yo. Así que tendrás ocasión de juzgar quién conduce mejor.

—Perfectamente. Yo lo único que puedo asegurarles es que mi juicio será enteramente imparcial.

El *mánager* debió de oír algún sonido extraño, porque inmediatamente arrimó el coche a la derecha de la carretera y frenó.

—¡Mira que si tuviéramos ahora un percance! —dijo el inspector, muy preocupado—. ¿Qué haríamos si nos quedáramos aquí atascados?

—Aguarda primero un poco, a ver qué pasa —le cortó el *mánager*.

Salió, se aproximó al motor, levantó la capota y hundió allí la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Nos dirás de una vez qué diablos pasa? —gritó, irritado, el inspector sin moverse de su sitio.

—Te he dicho que esperes —le contestó el mánager sin levantar la cabeza del motor—. ¿No puedes tener un poco de paciencia?

—Desde luego, sería un gran contratiempo si tuviéramos ahora una avería —dijo el hombre del Café Deportivo—. Comprendan ustedes, espero que me comprendan, que yo también deseo llegar cuanto antes a la capital. Para ver concluido este asunto esta misma noche.

—Yo no digo ni que sí ni que no —declaró el mánager sacando la cabeza de la capota—. Esto es un misterio. Todo parece ir en forma, pero hay algo... El qué, no lo sé. De todas formas, vamos a seguir adelante. Acaso no sea nada de importancia.

Subió al coche, se limpió las manos, que tenía manchadas de grasa, sacó un chicle —esta vez no les ofreció a los otros— y puso marcha.

—Gracias que el mánager no encontró en concreto nada averiado —dijo el hombre del Café Deportivo—. Sería para mí un golpe que no resistirían mis nervios, si no llegáramos esta noche a la Central. Deseo acabar cuanto antes con todo esto. Ya tengo bastante.

—Esperemos que todo vaya bien y que estemos en el *ferry* a su hora —dijo el mánager.

Se hizo de nuevo un silencio. Estos intervalos silenciosos eran realmente benéficos. La calma y el cansancio del viaje los había inevitablemente alterado un poco. Con diez minutos o un cuarto de hora de silencio se ponían de nuevo en forma, como si salieran de una ducha, renovados y frescos.

MI INFORME SOBRE el «Caso del Papel Higiénico» comprendía en total seis páginas y pico. Le eché una última ojeada, a la ligera, pero con atención, corregí unos pequeños errores, las faltas corrientes al escribir. Luego hice un cuerpo con los cuatro ejemplares. Ah, sí, yo cuando escribo a máquina mis informes, siempre saco el original y tres copias.

Conforme a lo establecido en su correspondiente circular, los informes sobre investigación deben ser mecanografiados por cuadruplicado. El original pasa a la Oficina Central. De las tres copias restantes, una se destina al Jefe, otra al Archivo y la tercera al archivo personal del inspector.

Firmé las cuatro en cada página, sólo con las iniciales, y tomé la destinada al Jefe. Acababa de cerrar la puerta cuando tuve que volver para apagar la lamparilla. Tengo esta manía. No me gusta que durante mi ausencia haya luz en la oficina.

El despacho del Jefe está dos pisos más arriba. Quinta planta, habitación 560. Tenía, pues, que tomar el ascensor. Pero, como los tres estaban funcionando, para no llegar tarde con la espera subí por las escaleras.

No bien llamé, me pareció oír el familiar «sí» del Jefe, no estoy seguro. Pero en vez de volver a llamar, entré sin más. Por otra parte, me había llamado él. Encontré al Jefe con el mánager —no había nadie más en el despacho—, de pie delante del balcón, y sostenían una discusión que me pareció confidencial. Al entrar yo la interrumpieron.

—Temo haber venido a una hora inoportuna —dije—. Me iré y volveré.

—No. ¿Por qué vas a venir de nuevo? —dijo el Jefe bruscamente, y se quitó las gafas como si quisiera verme sin ellas.

Vi cómo se sacaba el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón —siempre lo llevaba allí— y cómo se limpiaba con mucho cuidado los

cristales de las gafas.

Hacía tiempo que una vez, de manera totalmente fortuita, había oído que el Jefe tenía astigmatismo. Pero no tenía certeza de ello. Porque había oído también, igualmente de manera totalmente fortuita que no tenía astigmatismo ni miopía ni nada. Y que las gafas que llevaba de continuo no eran reales. Quiero decir, eran de cristal neutro. Como las gafas que se ponen algunos actores cuando tienen que representar papeles de esta clase. Aunque yo no tenía ni idea de la razón por la que él usaba esta clase de gafas. Más aún: no tenía ni pizca de interés en saberlo. Rotundamente no. En el Servicio Especial todo es secreto. En los archivos cerrados a doble llave, en los que se guarda toda información sobre los culpables o sospechosos de culpabilidad por sus actividades contra el Régimen, o por su filiación ideológica o sentimental en desacuerdo con el Régimen, en los archivos, digo, hay secretos. Pero también hay secretos en las paredes, en los pasillos, en las escaleras, en los ascensores, en el patio interior, en el techo, en las ventanas, en los balcones, en los lavabos. Por ejemplo, es muy probable que en la cisterna de un lavabo haya sido colocado un micrófono supersensible —la única sensibilidad que está permitida en el Servicio Especial—, micrófono que sería capaz de captar toda clase de ruidos, desde aquellos ruidos que son comunes en un lavabo hasta una interjección, un monólogo o un diálogo.

No, yo no tengo ni la más remota intención de indagar si el Jefe tiene astigmatismo o no. Porque lo fundamental, el primer requisito básico de un agente del Servicio Especial es matarse por saber, arriesgarse a cada instante por husmear y averiguar todo lo que pasa fuera del Servicio, y no importarle un comino lo que ocurre dentro.

—Quiero decir que no tienes por qué irte —aclaró el Jefe, luego que se hubo limpiado las gafas—. Y dado que no hay razón para que te vayas, no hay tampoco motivo para que vuelvas. El mánager, tú y yo tenemos que discutir el «Caso del Café Deportivo», del que te hablé hace un rato.

—De todos modos, yo tengo aquí mi informe sobre el «Caso del Papel Higiénico». Ocupa seis páginas y...

Me interrumpió con un movimiento de manos. Cogió mi informe sin mirarlo siquiera y lo dejó sobre la mesa. A mano derecha, junto al teléfono.

—De acuerdo —dijo—. Doy por recibido el informe del «Caso del Papel Higiénico», pero para el Servicio Especial éste es un asunto concluso. El que de vosotros se quiera sentar, puede hacerlo libremente. Yo tengo ahora que exponeros la historia del «Caso del Café Deportivo».

Él permaneció de pie; nosotros lo imitamos.

—Los hechos han ocurrido todos hoy —comenzó—. La historia empieza hacia las once de la mañana, hora en que recibí un sobre depositado en un buzón de correos ayer. He aquí el sobre.

PERSONAL

Al Jefe del Servicio Especial

Ciudad

—Escrita a máquina con el mismo tipo de letra, había una nota adjunta. Aquí está:

Mañana por la tarde, 16 del corriente, entre las 6. 15 y las 6. 30 irá a sentarse al Café Deportivo un individuo que es un elemento destacado de una organización en contra del Régimen. Tanto él como su organización son hasta el presente completamente desconocidos del Servicio Especial. Va adjunta una fotografía de dicho sujeto. Perdonen si no es muy reciente o nueva, pero es, así lo creo y espero, lo suficientemente clara como para que pueda ser útil al Servicio Especial, en el supuesto de que quiera tomar en consideración al sujeto en cuestión y a otro individuo que se le juntará en el Café Deportivo. Lo que de aquí se siga no es de mi incumbencia.

—Y ésta es la fotografía.



Curioseamos la foto. No nos decía nada. Un rostro completamente corriente, de los que se encuentra uno a millares. De todos modos, el de aquel desconocido tenía rasgos especiales, con sus grandes gafas, sus grandes orejas —su gran oreja— y su tupido bigote. Con esta foto en la mano un agente del Servicio Especial podría localizar al hombre allí retratado entre miles de clientes del Café Deportivo.

—Así empieza el «Caso del Café Deportivo» —continuó el Jefe.

Llamaron a la puerta, y tras el «sí» habitual del Jefe entró un agente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó aquél con cierta precipitación—. No creo que vengas a comunicarme que se ha suicidado uno de los dos detenidos en el Café Deportivo. Ya basta con el chasco que nos llevamos con el cuarto sospechoso del «Caso del Papel Higiénico» y la manera de escapársenos de las manos.

—No, no se trata de ningún suicidio —dijo el agente—. El detenido protesta. Dice que deberían someterlo a interrogatorio en un careo con el otro.

El Jefe se sonrió.

—Tranquilízalo —instruyó al agente—. Recuérdale lo que le dije hace un rato. Que no tardarán mucho en ser interrogados los dos cara a cara. Sólo que esto tendrá lugar en la Central.

El agente se fue.

—¿Qué os iba diciendo? ¡Ah, sí! ¿Qué debía hacer yo con esta nota? ¿Ignorarla? ¡No! Por eso, a primera hora, nuestros agentes tomaron posición en el Café Deportivo. Ocuparon distintas mesas. Unos fuera, en la acera, y otros dentro. Uno por mesa, o dos, o tres. Y a esperar. ¿Qué otra cosa podían hacer? La única pista de que disponían era la fotografía del desconocido, de la que hicimos una serie de reproducciones. Entretanto, no hace falta que lo diga, iban observando a los clientes, por si alguno de ellos se parecía al hombre de la foto.

A las 6.12 hizo su aparición el hombre objeto de nuestra pesquisa. No exactamente el mismo de la fotografía; un poco más viejo y con distinto peinado. Con todo, no había lugar a dudas de que era el que esperábamos. Se sentó en una mesa conforme se entra a la derecha, cerca de la ventana grande que da a la avenida. Pidió una naranjada. «¡Que esté muy fría!», dijo al camarero. Y se dispuso a tomársela tranquilamente, sorbo a sorbo, con su pajita. Como el que no sabe lo que es tener prisa. Pidió al camarero la *Última Hora*, la abrió y le echó una ojeada por encima. Cuando terminó la naranjada —dejó dos dedos— se levantó y se dirigió al lavabo. No sé si os habréis dado cuenta de que en el lavabo del Café Deportivo cabe sólo una persona. Por consiguiente, no teníamos la posibilidad de seguir observándolo allá dentro. Razones de tipo técnico... A los dos minutos, a las 6.29 exactamente, salió nuestro hombre del lavabo y avanzó por el pasillo en dirección a la calle. Nuestros agentes extremaron el acecho. Al llegar a la altura de la tercera mesilla, de la tercera a contar desde el lavabo, tropezó con el pie derecho de otro cliente, mejor dicho, le dio un pisotón. Para él no debía de tener importancia eso de pisar a otro, y prosiguió caminando, sin más, hacia la puerta. Pero el otro, enfurecido, le gritó: «¡Me ha pisado usted, señor!». Fue entonces cuando el desconocido de la foto se dignó detenerse. «¿Yo?», dijo sorprendido. «Sí, usted. Y me ha pisado en el pie derecho, en el que tengo un callo». Entonces el otro lo miró burlonamente y le dijo: «¡Vaya! ¡No me diga! ¡Pues mire, yo creí que era el

izquierdo!». Y sin más, se encaminó hacia la puerta, saliendo a la Avenida de la Independencia; tomó hacia la izquierda, seguido de dos de nuestros agentes que esperaban ver si se reunía con alguien más para prenderlos juntos. Pero no se reunió con nadie, por lo que fue arrestado solo en la puerta del Cine Astro. En cuanto al otro, el del callo en el pie derecho, su cómplice —fue el único que se puso en contacto con él, aunque fuera de la manera más inocente—, fue arrestado también por uno de nuestros agentes. Por uno de los dos que en la mesilla de al lado hacían ver que eran comerciantes en grasas alimenticias. Así que los dos conspiradores cayeron en nuestras manos. El interrogatorio lo hice yo. ¿Por cuál de ellos queréis que empiece? Tomemos primero al hombre del callo en el pie derecho. ¿Qué pensáis de esto?



—Dos pequeños círculos —dije cogiendo el papel, un papel de fumar, que el Jefe había sacado bruscamente de un legajo que estaba encima de su mesa.

—¿Y tú qué dices? —preguntó al mánager.

—Estoy de acuerdo con el inspector. Ni más ni menos que eso: dos pequeños círculos.

El Jefe hizo el ademán de querer disipar una imaginaria nubecilla de humo que flotara en el aire, y dijo:

—Los dos pequeños círculos que veis aquí y que yo también he visto pueden muy bien no ser otra cosa que eso: dos pequeños círculos. Ahora bien, no es improbable que no carezcan de un sentido oculto, que tengan alguna relación con un complot. Que sean un dibujo con doble sentido. Por ejemplo, el que hizo el dibujo, el hombre al que dieron un pisotón en el pie derecho —cuando se sentó en el Café Deportivo, pidió al camarero un coñac doble y un lápiz negro, el camarero le dio el lápiz que le pidió, y entonces, cogiendo un papel de los de fumar, dibujó dos pequeños círculos

—, cabe suponer que el hombre trazó los dos círculos de una manera totalmente fortuita, para pasar el rato, igual que pudo trazar dos pequeños rectángulos o cosa similar. Pero también cabe suponer lo contrario: que el dibujo tenía un sentido determinado, algo que nosotros ignoramos de momento. Pero mejor será que procedamos con orden, poniendo cada cosa en su sitio. Como ya os he dicho, nuestros agentes fueron al Café Deportivo mucho antes de la hora, de 6.15 a 6.30, que decía el anónimo. Y mientras esperaban a que apareciera el hombre de la foto fueron observándolo todo y a todo el mundo. Y se fijaron también en el hombre del callo en el pie derecho. Vieron cómo entraba; después fue y se sentó a una mesa del fondo, delante del espejo grande que hay allí, y pidió un doble de coñac y un lápiz negro. En fin, ya conocéis todo esto. Trazó el dibujo y una vez se inclinó y lo olió. Lo olió o lo mordió, los agentes no vieron bien; se habían parado dos clientes en el pasillo discutiendo y les tapaban la vista. Uno de los dos supuestos comerciantes en grasas alimenticias, repito, arrestó a nuestro hombre un poco más tarde, cuando vio que se había puesto en contacto, aunque fuera del modo más inocente, con el desconocido de la fotografía. Al salir, nuestro hombre y el agente dejaron el dibujo sobre la mesa, pero lo recogió el otro «comerciante». No, nuestro hombre no mostró turbación al ser detenido; sólo dijo: «No comprendo», y «¡Protestaré ante sus jefes!». Más aún: le rogó al agente que le permitiera atarse el cordón del zapato derecho. ¿Por qué tanta serenidad? ¿Era culpable y se resignaba con su suerte o fingía, o por el contrario era inocente y tenía la despreocupación propia del que se siente inocente? Voy a pasar, de momento, por alto esta cuestión para volver a los hechos. Él olió o mordió el dibujo de los dos pequeños círculos, lo hemos dicho antes. Nosotros no estamos seguros de lo que hizo exactamente. Quizás un movimiento nervioso, un tic. O puede también que fuera otra cosa. Como sabéis, hay gente que tiene pasión por oler cosas, por ejemplo, papel impreso, es decir, recién impreso —la tinta de imprenta les produce una satisfacción especial— o ropa interior de mujer. De todas formas, el dibujo con los dos pequeños círculos que nuestro hombre dejó al marchar encima de la mesa —¿lo olvidó o lo dejó allí adrede, para que no cayera en nuestras manos?—, el dibujo, digo, lo cogió inmediatamente después el otro agente, el segunda de los dos que se hacían

pasar por comerciantes y disputaban sobre el precio de las grasas alimenticias. En cuanto al sospechoso de la fotografía, lo fueron siguiendo, como sabéis, los dos agentes, lo dejaron que saliera del Café Deportivo, que tomara a mano derecha por la Avenida de la Independencia, y finalmente fue detenido delante del Astro. Con lo que vino también a caer en nuestras redes. Conviene ahora que vuelva al otro brevemente, para no interrumpir el hilo del relato. Después de su arresto, el hombre del doble de coñac y del dibujo fue conducido hasta aquí. En un coche del Servicio Especial que estaba aparcado a dos manzanas del Café Deportivo. En todo el recorrido se mostró sereno, completamente sereno. Sólo en un momento, cuando pasábamos por la plaza de Correos, se volvió y miró el reloj —esto también puede que tuviera su razón de ser. Con todo, al agente que le preguntó si tenía alguna cita y por eso miraba la hora, le contestó que no, que no tenía ninguna cita, que lo había hecho de una manera mecánica. Primero lo llevaron a la habitación de costumbre del tercer piso, y lo dejaron allí esperando. Pero ya antes, en evitación de cualquier contingencia— no olvidemos al sospechoso del «Caso del Papel Higiénico» y su cápsula de cianuro —le dijeron que se despojara de toda la ropa, traje, ropa interior, zapatos y reloj. Le entregaron otra ropa y la suya la sometieron a un minucioso examen. He aquí lo que encontraron en sus bolsillos.

Y sacando de su mesa los distintos objetos que el sospechoso llevaba encima, nos los fue enseñando uno a uno, al tiempo que los describía.

—Un paquete de cigarros. Contiene nueve cigarrillos en total, es decir, faltan once y falta también el papel del librito que os he dicho que sacó en el Café Deportivo para dibujar los dos pequeños círculos. El carnet de identidad con todas las señas personales, nombre y apellidos, nombre del padre, nombre de la madre, 32 años de edad —son 31, le puse uno de más —: soltero, ocupación: empleado, domicilio: calle de la Victoria, 120 A. Otro carnet, de la Agencia de Viajes y de Turismo Hermes, en la que trabaja. Un cortaúñas. Dos preservativos. La cartera conteniendo dinero solamente y sin una sola, nota que nos pueda dar un rayo de luz. Un monedero con calderilla. En resumen, por desgracia no se le halló encima nada digno de mención desde el punto de vista de un interrogatorio policial.

—¿Otros datos? ¿Alguna información de otras fuentes? ¿Se le ha hecho

alguna investigación domiciliaria?

—Todas las necesarias —me contestó el Jefe— a partir del momento en que fue trasladado aquí, y con la mayor rapidez posible. Y no ha resultado nada en su cargo. La investigación llevada a cabo en su casa, en su habitación, mejor dicho, un cuarto en planta baja con puerta independiente y lavabo, ha sido negativa. Es un cuarto de soltero corriente. Las noticias que nos han dado los otros inquilinos, sus vecinos o los compañeros de trabajo en la Hermes —en menos de una hora llegamos a reunir un verdadero arsenal de noticias— todas llevaban a la misma conclusión: era una persona de orden. Nunca había tenido nada que ver ni con el Servicio Especial ni con las demás autoridades del orden público. No había dado nunca la más pequeña sospecha de realizar actividades contra el Régimen, tener opiniones o sentimientos contrarios al Régimen o estar simplemente en desacuerdo con el Régimen. Lo sometí a interrogatorio por espacio de dos horas, luego de ser conducido aquí. Le dije, desde luego, que el otro, su cómplice, nos había dado ya su explicación acerca del encuentro en el Café Deportivo, y le pedí que me diera su propia versión. Entonces, con sangre fría me respondió que no conocía al otro, que no eran cómplices, y que su encuentro en el café había sido debido a un hecho sin importancia. Completamente casual. Le pregunté qué palabras se cruzaron cuando el otro le pisó en el pie derecho. Sin la menor vacilación, me repitió la conversación literalmente. Una conversación aparentemente inocente. Os daré detalles más tarde; ahora los paso por alto porque quiero que primero os forméis una imagen general. Bueno, os daréis cuenta de la jugada que le hice: nuestros agentes habían oído toda la conversación, no se les había escapado ni una sílaba. Y yo conocía perfectamente el texto de la conversación. No obstante, simulé lo contrario para ver si era sincero hasta el punto de repetírmela íntegra o bien me la alteraba. En el segundo caso, disponía de un elemento concreto contra él. Luego le pregunté qué sentido tenían los dos pequeños círculos que había trazado en el papel de fumar. Le enseñé el dibujo. No pareció sorprenderse de que lo tuviéramos nosotros. Me dio la siguiente explicación: «No tienen ningún sentido; no son ni más ni menos que lo que usted está viendo: dos pequeños círculos. ¡No me diga que estos dos pequeños círculos son también sospechosos! Los dibujé, sí,

para pasar el rato; en lugar de dos pequeños círculos, hubiera podido dibujar dos pequeños rectángulos o dos pequeños rombos, o cosa por el estilo». Le dije que no podía admitir la explicación, y que cabía la posibilidad de que los dos pequeños círculos, teóricamente inocentes, fueran un plano en el que se señalaran dos depósitos de armas destinados a luchar en contra del Régimen. Se echó a reír y me dijo, mientras me miraba fijamente a los ojos: «Yo soy un ciudadano pacífico». Fue entonces cuando me enfurecí. «Para el Régimen, *ciudadano pacífico* no significa nada. ¡Nada! Los ciudadanos se dividen solamente en los que están con el Régimen y los que no están con él. Para ser enemigo del Régimen no hace falta que usted haya hecho nada en contra del Régimen. Basta con que no esté con el Régimen, que no haya demostrado una positiva acción en favor del Régimen. Para el Régimen, permítame que le diga, tiene también vigencia lo de: “El que no está conmigo, está contra mí”». Me estuvo escuchando, y con mucha atención por cierto, pero no cambió en nada de actitud. No se trata ahora de daros todos los detalles del interrogatorio, ya volveré a hablaros de esto más adelante. De momento me limito a poner en vuestro conocimiento que el sospechoso conservó su sangre fría desde el principio hasta el fin. La imagen del inocente. Lo único que pidió fue que lo sometiera cuanto antes a un careo con el otro. Le contesté que sí, que tan pronto terminaran los interrogatorios que les estábamos haciendo por separado, inmediatamente después tendría lugar el careo. En este tiempo yo había estado en contacto con la Central. En la Central me aclararon que desde el primer momento estaban enormemente interesados en el «Caso del Café Deportivo». Las llamadas telefónicas con la Central se habían sucedido desde que telefoneé por primera vez para dar cuenta de este hecho y de todo lo que podía estar relacionado con los dos presuntos culpables. De vez en cuando cogía el teléfono para informar a la Central de la marcha de la investigación y de los primeros resultados obtenidos. En un momento dado interrumpí el interrogatorio que le estaba haciendo al hombre del doble de coñac y lo continué tres cuartos de hora más tarde. Hacia las diez lo volví a llamar y le pregunté si tenía algo nuevo que declarar; me dijo que no, que lo que tenía que declarar ya lo había declarado antes. Entonces le anuncié: «Pues yo sí tengo algo nuevo sobre usted. Mañana por la mañana, muy temprano, será

usted trasladado en un coche celular a la Central. Su cómplice ha partido ya para la capital, bajo escolta, se entiende, por orden de aquélla y como resultado de los hechos revelados hasta ahora. Así que la confrontación con su cómplice tendrá lugar en la Central. Con ello termina mi intervención en el “Caso del Café Deportivo”, que en adelante pasa a depender exclusivamente de la Central». No puedo afirmar que se alegrara con esta noticia. Al contrario, dio claramente a entender que este rumbo del asunto le ponía nervioso; añadió algo sobre molestias y trastornos completamente injustificados, y así terminó la entrevista.

—Así que mañana por la mañana será trasladado a la Central —dijo el mánager.

—Sí. Mejor dicho, lo trasladaréis vosotros dos. Ya lo sabéis, pues. Saldréis muy temprano, a las 7, para llegar a tiempo de coger el *ferry* de las 11.10.

—Los microfilms están a punto, señor —comunicó a través del aparato interfono el responsable de la Sección de Fotografía—. Los hemos revelado todos. Un éxito completo. Puede usted verlos cuando guste.

—ME APUESTO CUALQUIER cosa a que va a llover —dijo el mánager.

O bien dijo:

—Me apuesto cualquier cosa a que no va a llover.

No oí claramente cuál de estas dos cosas dijo.

—¿Qué estabas diciendo de la lluvia? —pregunté.

—Estaba haciendo una predicción meteorológica: ¡lluvia a la vista!

—¡Quita, hombre! —me chanceé.

—¡No sé por qué! ¿Tienes algo que oponer?

Solté una fuerte risotada.

—¡Está bien! ¿Pero cómo se te ha ocurrido pensar en la lluvia? Hace un sol que achicharra y no se ve una nube en todo el cielo. Bueno, sí, dos o tres nubecillas inofensivas y transparentes como una combinación de nilón. ¡Como para ponerse a discutir de lluvia! ¡Es ridículo!

El mánager hizo un movimiento con la mano. Al principio pensé que estaba espantando una mosca. Pero no vi mosca alguna, y entonces comprendí que su gesto indicaba que no estaba conforme con mi opinión.

—¡Esta calina! —dijo casi inmediatamente—. Estamos a mediados de septiembre, no lo olvides, y una calina así no tiene nada de natural. ¿No os parece?

—El mánager tiene razón —intervino en la discusión el hombre del Café Deportivo—. Yo opino, si se me permite exponer mi punto de vista, que este bochorno es muy peligroso; pronostico que acabará lloviendo.

—Así que estamos dos contra uno —dije—. Sois mayoría.

Corríamos constantemente a 110. Saqué un cigarrillo y pensé en lo inexorablemente realista que era la filosofía del Jefe. Como una ecuación algebraica: «El que no está conmigo, está contra mí». El Régimen es la

línea divisoria que nos separa de los otros. El que está con el Régimen está de esta parte, el que no está con el Régimen está de la parte de allá. Y entre las dos orillas, el abismo.

—Si tenemos esa suerte, esa desgracia quiero decir —prosiguió el mánager—, mucho me temo que suframos retraso.

—Pensando bien la cosa —dije—, es realmente extraño que haga tanto calor. Y un calor tan raro. Nada tiene de improbable que este bochorno nos traiga lluvia.

—Y, con el temporal, el tráfico se hace dificultoso. Si nos encontramos con un embotellamiento, corremos el peligro de perder un tiempo precioso. Por otra parte, si queremos evitar un patinazo, tendré forzosamente que disminuir la marcha.

—Así es —accedí—. Habría que reducir los 110 que llevamos en casi todo el viaje.

El mánager se puso bien el sombrero, que se le iba deslizando hacia la altura de los ojos, se inclinó sobre el volante como si quisiera concentrar en él toda su atención. La verdad es que el tráfico había llegado a su grado máximo.

El que iba en medio de nosotros dos miraba con una mirada tan vaga y desvaída como si le hubieran inyectado un anestésico. O puede simplemente que estuviera adormilado y por eso parecía tan desmadejado. Desde luego, el ojo derecho lo tenía cerrado.

Desde el mismo momento que cayó sobre él la mano del Servicio Especial y se puso en movimiento el aparato investigador, nuestro hombre había quedado colocado automáticamente en la orilla de enfrente. No había podido demostrar que estaba con el Régimen. Luego estaba contra él. Enemigo del Régimen —y mío.

—Con la lluvia, el asfalto es una tragedia —dijo mirándonos ora a mí, ora al mánager—. Resbala como si lo hubieran engrasado.

—Estoy calado de sudor —gruñó el mánager.

—Y yo lo mismo —completé—. Llevo pegada la camisa al cuerpo. Sobre todo, se me adhiere al cuello como un plástico gomoso. Y los calzoncillos igual. Voy muy molesto.

—Y yo llevo las manos sucias, grasientas —dijo el hombre del Café

Deportivo.

Y me lo representé diciéndole al Jefe, con la mano derecha levantada —o quizá la izquierda—: «Soy un ciudadano pacífico». Así empiezan todos, o al menos la mayor parte, cuando los atrapan y los conducen al Servicio Especial para ser interrogados. Dándoselas de cándidas palomas. «Soy un ciudadano pacífico» es la cantinela que entonan una y otra vez. Seguramente ignoran la inutilidad de este argumento. No es ni siquiera argumento. Si no cuentas con una efectiva actuación en pro del Régimen, el hecho de ser simplemente un «ciudadano pacífico» no sólo no dice nada en tu favor, sino que por el contrario acaba convirtiéndose en un argumento contra ti. Habrá que establecer cuanto antes una ley que fije y castigue como un delito especial el ser uno un «ciudadano pacífico», si a la vez no puede aportar pruebas concretas de que está con el Régimen. Y que la misma ley sancione también como delito la sola presentación de la prueba «soy un ciudadano pacífico». Porque todo aquel que se conforme con ser un «ciudadano pacífico» y nada más, está *ipso facto* fuera de la ley, se declara enemigo público.

En el kilómetro 133 de la Nacional 40, el mánager sacó chicle y nos lo ofreció. Yo lo recibí con gusto. Hacía rato que tenía mucha sed; tenía la lengua como una patata frita; ya iba yo a pedirselo cuando él se adelantó.

—No, gracias. —El hombre del Café Deportivo rehusó el chicle que le ofrecía el mánager—. Espero que no me tome por descortés, si esta vez le digo que no; bueno, ya se lo he dicho. El chicle que me dio usted antes se me adhirió a una muela que tengo dañada. La penúltima de arriba, a la derecha. Lleva ya mucho tiempo...

—... dañada, y cuando entra algo de comida o agua fría, te vuelve loco de dolor —concluyó el mánager—. Ya sé todo eso, no te molestes. Cuando se lo ibas contando a mi compañero, yo fui curioso y me enteré de todo como quien no quiere la cosa.

Hace más de siete años que hice por primera vez amistad con el Jefe, cuando entré en el Servicio Especial como interino, y en menos de cinco meses me nombraron ya fijo. ¡Un espacio verdaderamente récord! Normalmente, para pasar a permanente se requieren tres años. En la orden del día de la Central —la orden por la que se me nombraba fijo— con qué

arrogancia, alegría y emoción vi y leí aquello de: «... teniendo en cuenta el celo extraordinario y la capacidad demostrada como inspector interino, así como también su apasionada devoción y lealtad al Régimen, es por ello por lo que...». Digo que desde mis primeros contactos con el Jefe comprendí la recia personalidad de éste. Su influencia sobre mí, directa e indirecta, fue decisiva, vital. Hasta la médula me ha penetrado su pensamiento, es decir, la ausencia de cualquier forma de pensamiento.

En mi mente ha quedado grabado para siempre lo que nos dijo el Jefe en el momento —crucial en mi vida— en que los ocho aspirantes de mi promoción prestamos juramento: «Debéis saber que para el Servicio Especial y para aquellos que lo sirven está en vigor una filosofía totalmente peculiar. Los hombres, según esta filosofía, no se dividen en buenos y malos, en honrados y no honrados o en tantas otras distinciones irreales e inútiles, reliquias del pasado. El agente del Servicio Especial acepta una única distinción: con el Régimen-no con el Régimen. Esta simplificación es de un valor inapreciable para el Servicio Especial y para cada uno de vosotros individualmente. El secreto, la llave del éxito y de la paz interior, tanto para el Régimen como para el individuo, es la simplificación. Cuanto menos barrunte vuestra mente, tanto más felices seréis y de más rendimiento para el Régimen. El peligro número uno es pensar. Nada de diálogos ni de distingos personales. La sola y única distinción, lo repito y subrayo, que se permite a un agente del Servicio Especial es la siguiente: con el Régimen-no con el Régimen». Era tal mi emoción mientras oía hablar así al Jefe —era por la tarde, en junio, un once de junio, y sufría una terrible indigestión por culpa del kilo de cerezas que me había tragado al mediodía—, que hasta me olvidé de la terrible indigestión y conseguí mantener intacto mi entusiasmo. Hubo un momento en que me sentí con los ojos llenos de lágrimas y tuve que quitarme al punto las gafas oscuras que había comprado aquella misma mañana por mi comienzo de carrera en el Servicio Especial. Si hubiera seguido con las gafas puestas, ¿cómo hubiera podido ver mis lágrimas el Jefe?

—¿Ponemos un poco de música? —propuso el mánager—. Son las 10.12. Hasta la media hay «Música para todos».

—Muy buena idea —corroboré yo.

Me incliné sobre la radio y tras algunos esfuerzos, por los muchos parásitos, logré captar la emisora. Radiaba ritmos modernos. Frenéticos. El mánager quedó arrobado:

—Llevo en mi sangre estos ritmos modernos. Son todo nervio y movimiento.

—Bueno, a mí los ritmos modernos me dejan frío —dijo displicente el del Café Deportivo, y miró de reojo al mánager como si hubiera ido demasiado lejos.

—Eso está bien. El manifestar claramente tu parecer —le animé yo—. El mánager tiene su opinión, tú tienes la tuya y yo tengo la mía, que está de acuerdo con la... ¿del mánager? No, con la tuya. ¡Al diablo esos ritmos modernos, inexpresivos y estúpidos! ¿A ti, dicho sea de paso, qué clase de música te gusta?

—Las viejas canciones románticas.

—¡Bravo! —exclamé, dejando en libertad mi entusiasmo—. A lo que parece, tenemos los mismos gustos.

—¿A qué hora calcula usted que estaremos en la capital? —me preguntó.

—Te diré. A las 11.10 tomaremos el *ferry*. En la travesía por mar invertimos dos horas y media. Hacia la una treinta o dos menos cuarto dejaremos el *ferry*. Otras tres horas en coche..., así que a las cinco estaremos en nuestro destino.

—¡Estupendo! Lo suficientemente pronto para acabar hoy mismo con la Central. Y otra cosa. La capital tiene una vida nocturna intensa. Después les invito al mánager y a usted a tomar algo por ahí. Podemos ir los tres a pasar un rato en algún *night-club*.

—Así, ¿estás seguro de que en la Central van a dejarte en libertad? —le dije yo—. ¿Y al momento?

—¡Claro! No tienen nada contra mí. Yo no he hecho nada. Ese otro, que me resulta completamente desconocido y con el que me van a someter a careo, es posible que trate de inventar alguna historia. Ya le haré yo callar. Esta pequeña aventura debe terminar esta misma noche. Tan pronto como lleguemos a la Central.

No quise darle conversación. Ni el mánager, que tal vez le había estado

oyendo. Me incliné sobre el parabrisas y arreglé mi ramo de flores.

ENTONCES EL MÁNAGER comenzó a reír. A mí me escamó. No había precedido nada que justificara aquella risotada. Ni siquiera nos habíamos dirigido la palabra en todo aquel tiempo —uno de los habituales intervalos de silencio.

—¿Qué haces? —le pregunté—. ¿A qué viene esa risa?

—Mira, ahí a la izquierda, el camión frigorífico —dijo entre continuas carcajadas.

Era un camión refrigerador sin nada de particular, pintado de color plateado como el que emplean generalmente en los aviones. Corríamos a su lado.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene ese camión para que te haga mondar de risa?

—Anda, ¿no ves lo que dice?

Volví a mirar y vi, escrito a un lado, un poco hacia abajo, con horrorosas letras mayúsculas:

PESCADO CONGELADO
POSEIDÓN
MAS FRESCO QUE EL FRESCO

—¿No te hace gracia? —continuó el mánager—. Ese más fresco que el fresco, no sé, yo al menos lo encuentro muy divertido.

Y subrayó sus palabras con un suplemento de risa.

—Sí, es bastante original —dijo el hombre del Café Deportivo—. Pero no demasiado divertido, pienso yo.

—Muy bien. Habéis expresado vuestra opinión, y yo he expresado la

mía —dijo el mánager—. Pero ahora os voy a decir lo que a mí me ha recordado: que mi mujer espera que, ami regreso de la capital, le lleve pescado fresco del muelle. Y la consabida combinación.

—¿Qué combinación? —pregunté yo.

—Una combinación, unas enaguas. Vio en una revista un anuncio sobre un modelo nuevo que llevan ahora en la capital y me dio las señas. Me las metí en un bolsillo, si no se me han perdido. No sé qué clase de combinación será; su algo habrá de misterio. ¡Y ay de mí si se me olvida su encargo!

—¡No se preocupe! —le dijo el hombre del Café Deportivo—. Yo me encargo de recordárselo. Lo del pescado y lo de la combinación.

—Y yo acepto complacido y agradecido tu atención. Y de lo tuyo, pierde cuidado. Verás cómo en la Central se resuelve eso en un santiamén.

—Espero que sí. Es que no hay nada contra mí. Los hombres de la Central no pueden tolerar que yo sea molestado injustamente. Lo verán inmediatamente. No les queda más remedio. Hasta me pedirán excusas.

—No es imposible —dije yo.

Acabábamos de llegar al kilómetro 214, cuando el mánager se volvió y nos dijo:

—¿Qué diablos le pasa ahora al motor? Voy a aparcar a un lado, a ver qué pasa.

Yo me quedé en el coche. No podía dejar solo a nuestro viajero. Vi con gran ansiedad cómo el mánager abría la capota y se agachaba sobre el motor.

—¡Vaya suerte que tenemos hoy! —refunfuñé—. Si vamos de parón en parón, nos exponemos a perder el *ferry*.

—Pues sí, más vale que no cuentes con el *ferry* —me soltó el mánager, enderezándose completamente embadurnado.

—¿Qué quieres decir? —grité, fuera de mí, bajando del coche.

—No te sulfures —prosiguió—. La cosa es muy sencilla: el distribuidor no va a servirnos ya para nada en todo lo que queda de viaje.

—¡Al infierno! —estallé, y me puse con rabia a dar puñetazos en el

guardabarros.

—¡Ya la hemos hecho! ¿Recuerdas que antes estaba yo preocupado de que algo no iba bien en el motor? Bueno, pues ahora ya sabemos de qué se trata: el distribuidor.

—Cuida tú aquí mientras voy a mirar yo también.

Dio dos pasos hacia nuestro hombre, y luego me incliné sobre el motor y lo estuve observando bastante rato. Diez minutos, más o menos.

—Tienes razón —dije sacando la cabeza del motor—. No creo que podamos andar ni un paso más. ¡Quién iba a pensar que nos quedaríamos aquí atascados por culpa del distribuidor!

—Son ya menos diez. El *ferry* tiene la salida dentro de un cuarto de hora. Y nosotros tendremos que esperar hasta mañana por la mañana.

—¿Tú no tienes nada que decir? —pregunté, volviéndome al hombre del Café Deportivo—. ¿Qué haces, mirándonos ahí tan repantingado?

Me miró, pegado al asiento, con unos ojos de oveja. No quisiera afirmar que eran inocentes, pero atónitos, sí.

—¿Qué quiere que haga? —balbució—. Creo que el más perjudicado soy yo.

Y en esto, uno del tráfico que aparece con su moto. Viene directamente hacia nosotros y arrima su máquina junto al coche.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta, al tiempo que saca su bloc para escribir la multa.

Y mientras tanto clava su mirada, llena de sospechas, en cada uno de nosotros sucesivamente.

—¡Avería en el distribuidor!

—¿Usted cree? —insiste, como si en su vida hubiera oído la palabra distribuidor.

—Aquí estamos por culpa del distribuidor —le explico tranquilamente, aunque interiormente estoy a punto de explotar—. Se nos ha averiado el distribuidor, y no podemos dar un paso.

—¿Sí, eh? —prosigue, y se pone a observar como si fuéramos unos bichos raros, dinosaurios, pongo por caso, o algo por el estilo.

Al fin, iba ya a cerrar el bloc y a ponerse en marcha, pero en el mismo momento, como arrepentido, descendió de la moto, se desperezó primero

para desentumecerse, hizo dos o tres movimientos de gimnasia matutina y luego se acercó al mánager,

—¡Hace calor, hoy! —dijo—. Así que el distribuidor... ¿Puedo echarle un vistazo, a ver si doy con la avería?

—Encantado —dijo el mánager—. ¿Cree usted que nos hemos parado aquí en medio de la Nacional, así, por gusto?

En aquel momento sonó la radio de su moto y el agente de tráfico dejó su observación y cogió el auricular.

—Sí, estoy en el kilómetro 214. No, nada de importancia. Un coche particular detenido por avería en el distribuidor. ¿Cómo? ¿Un choque en el 305? Bien, voy inmediatamente.

Y luego volviéndose a nosotros:

—Deben buscar un garaje para llevar el coche allí lo antes posible.

Y subiendo a la moto, partió, dejándonos envueltos en un chorro de humo.

LOS INTENTOS DE continuar el viaje en *auto-stop* no dieron resultado.

—Claro —decía el *mánager*—, ¿quién va a pararse a cogernos, yendo tres como vamos, una verdadera compañía?

—¡Mira quién habla! —le soltó el inspector—. Con esas melenas que llevas —¿desde cuándo no vas a la barbería?— y esas largas patillas, no es de extrañar que te tomen por un bandido.

—O sea que yo soy el que estropea el negocio, ¿no? ¿Es eso lo que quieres decir?

En aquel momento un camionero compasivo frenó junto a ellos.

—¿Vais al puerto? —les preguntó.

—Eso es. Al *ferry* —le explicó el *mánager*—. Pero, como ves, nos hemos quedado a pata.

—¿Qué pasa?

—Avería en el carburador.

—Lo mismo me ocurrió a mí hace tiempo. En febrero. Y en medio de la nieve, que me cogió. Medio metro de nieve. Bueno, yo llevo sitio para dos. ¿Cuántos sois? Uno se tiene que quedar aquí.

—No es posible —dijo el *mánager*—. No podemos.

—Los tres somos viejos camaradas, ya lo ves, y no podemos separarnos —añadió el inspector.

—Bueno, entonces, adiós —gritó el camionero, y tiró adelante.

Quedaba aún una solución para evitar la caminata a pie hasta la ciudad, cinco kilómetros: el autobús. Pero no había parada por allí cerca y tenían que caminar casi un cuarto de hora para llegar a la más próxima. Se quedaron, pues, donde estaban, esperando. Ya antes habían sacado las maletas y cerrado el coche.

El autobús tardó otro cuarto de hora en pasar. ¡Remedio inútil! Iba lleno y el conductor les hizo señas de que no cabía ni uno más.

—¡Estamos perdiendo tontamente el tiempo! —gruñó el mánager—. No sé por qué no cogemos las maletas y nos vamos a pie.

El mánager era el único de los tres que conservaba aún un poco de humor. Mientras caminaban, contaba de vez en cuando un chiste, o hacía un comentario para disipar un tanto la tristeza que se había abatido sobre los otros dos, aunque sus esfuerzos resultaban ineficaces. El hombre del Café Deportivo, taciturno, sólo abrió la boca una vez para decir que aquel retraso le era, por cierto, nada beneficioso, porque con él su aventura no terminaría aquella tarde, como él calculaba, y tendría que pasar todavía una noche de incertidumbre. Pero el que estaba verdaderamente explosivo era el inspector. No habían pasado diez minutos cuando ya estaba maldiciendo:

—¡Bien empleado nos está, por idiotas! —dijo de pronto—. Quedarnos aquí en la estacada por culpa del distribuidor, cuando estábamos llegando al puerto, eso no tiene nombre.

—Vamos, no gruñas más —le reprendió el mánager—. Las desgracias están hechas para los hombres. Aún nos podía haber ocurrido algo peor; haber tenido una colisión, pongo por caso, o un incendio, o qué sé yo.

—Haces muy bien el papel de filósofo, ¿no te parece?

—Sólo quiero ser realista. Así podremos decir que el viaje no ha sido sólo en coche y *ferry*, sino también a pie. Y a lo hecho, pecho.

En la estación de gasolina del kilómetro 217, a dos kilómetros de la ciudad, había una cabina telefónica, entrando a la derecha. El empleado que la atendía, un joven de pelo rubio con la cara sembrada de pecas, puso jeta cuando vio que entraban los tres e inmediatamente pedían fichas para telefonar.

—Mejor será que entremos todos juntos en la cabina —propuso el mánager—. Creo que cabemos los tres. Si tenemos que estar un poco apretujados, no importa.

Dejaron los maletines delante de la cabina y pasaron a prensarse en aquel espacio de un metro por uno cincuenta.

—¿Quién va a tener el honor de hablar con el Jefe, para darle la noticia? —preguntó el inspector.

—No tiene importancia, cualquiera de los dos.

—Bueno, puesto que no tiene importancia, te cedo gustosamente el privilegio de hablar. Estoy seguro de que tú esquivarás los golpes, para algo eres el *mánager*.

El Jefe no estaba en su despacho. Le dijeron que no colgara, que esperara.

En la cabina hacía un bochorno terrible y, apretados los tres, aún se daban calor el uno al otro. Además, se había colado dentro una avispa que daba vueltas zumbando, y ellos la seguían en sus vuelos preguntándose a cuál de los tres se decidiría a picar.

—¿Qué pasa? ¿Quién va ahí? —se oyó con toda claridad la voz del Jefe.

—Soy yo, el *mánager*.

—Bien, ¿qué hay? No es posible que hayáis llegado ya a la capital. Ni creo que se os haya escapado.

—No, está aquí junto a nosotros. Estamos los tres dentro de la cabina. Estoy telefoneando desde una cabina a dos kilómetros del puerto. Hemos perdido el *ferry*. Se ha averiado el distribuidor, y nos hemos quedado en el 214 de la Nacional 40.

Hubo un silencio por parte del Jefe. «Ahora vendrá la bomba», pensó el inspector.

—¿Y qué demonios vamos a decir a la Central? Os están esperando allí esta tarde sin falta. Tendré que telefonar contando todo lo sucedido.

—¿Qué quiere que le haga, si hemos tenido esta suerte? Esto no lo podíamos prever.

—¿Dónde estáis ahora exactamente?

—Ya se lo he dicho, a dos kilómetros de la ciudad. En el 217. En una gasolinera. El pasajero está también aquí con nosotros, en la cabina. Se lo digo de nuevo para que lo tenga presente.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—Tratar de hallar un garaje y arreglar el coche. Y mañana marchar en el *ferry* de las 6.20. Si es que usted no dispone otra cosa.

—No.

—Y con el pasajero, ¿qué hacemos? Quiero decir que qué haremos con él, mientras tanto, mientras esperamos que acabe la reparación. Nosotros habíamos pensado dejarlo en el Servicio Especial.

—¡Nada de eso! —exclamó secamente el Jefe—. ¿Me oyes? ¿Me estáis oyendo los dos? En absoluto. Ni el Servicio Especial de ahí ni la Policía tienen lo más mínimo que ver con el «Caso del Café Deportivo». Tengo órdenes expresas de la Central de que este asunto quede entre nosotros y ellos.

—Muy bien, señor. Pero no es cosa que lo llevemos con nosotros al garaje. En alguna parte habrá que dejarlo.

—Donde estéis vosotros. En el hotel. Buscáis una habitación con tres camas. En la planta baja, no, no sea que salte por la ventana. ¿Entendido? ¡Ah, sí, y con baño propio! Con baño particular; esto es indispensable.

—De acuerdo. Con baño propio. Creo que lo encontraremos.

—Claro que sí, hombre. Con la de hoteles que hay ahí. Buscáis una habitación que sea lo mejor posible desde el punto de vista de la seguridad y me llamáis por teléfono, apenas os hayáis instalado en ella.

—¿Quién se quedará con el detenido y quién irá al garaje?

—Uno de vosotros. En eso no me meto.

El Jefe colgó y nosotros salimos de la cabina.

—Poca gracia le ha hecho la noticia —dijo el *mánager*.

—Claro que no, pero ¿qué querías? ¿Que se pusiera a dar saltos de alegría y que nos felicitara encima? Bien, ¿quién es el que va a ir al garaje? Pongámonos de acuerdo cuanto antes.

—Lo del garaje y la reparación trae bastante jaleo. Los dos vamos a preferir quedarnos en el hotel. Esto es evidente.

—¿Lo echamos entonces a suertes?

El inspector se agachó, cogió unas chinas del parterre que había a su derecha, se llevó ambas manos atrás y después extendió la derecha, con el puño bien cerrado.

—Di —propuso el *mánager*—. ¿Pares o nones?

El mánager se paró un poco y luego, como si se sintiera repentinamente inspirado:

—¡Nones!

—¡Has perdido! Son cuatro, así que yo me quedaré con este caballero y su señoría se encargará de lo del garaje, etcétera, etcétera.

—No puedo protestar. He jugado y he perdido... Pero ahora lo primero que tenemos que hacer es llegar a la ciudad y buscar hotel. Una habitación con tres camas, que no sea planta baja y con cuarto de baño propio.